

Aquel estudioso de Borges

"Busco mi cara en el espejo; es otra"
Borges

Cuando se propuso estudiar a Borges, no se imaginó, ni por las tapas, en el brete que se metía. Algunos le advirtieron del riesgo. Los consideró exagerados. No era fanático de Borges y escondía por él ese dudoso respeto, precipitado de una deleznable carga de prejuicios. Propios de su generación y de ese limitante y estreñado grupo ideológico que le simpatizaba. En verdad, pocos leían a Borges y muchos lo criticaban, mezclando todo, tanto sus ambiguas convicciones políticas cuanto sus más definidas posiciones antidemocráticas. Pero una cosa era la persona. Otra muy diferente su obra. Precisamente, como amante de la psicología y de los libros, le interesaba comprender, investigar, cuánto había de la propia vida en cada gesto creador.

Con Borges nunca había conversado personalmente. Una que otra vez se detuvo a observarlo curioso, caminando con su bastón por la calle Tucumán. Otras, cruzando del brazo de algún desconocido la esquina de Salguero y Soler. Otras, perdido entre las galerías de la Biblioteca Nacional de la vieja calle México, o firmando, con gran dificultad, ejemplares en la Librería de la Ciudad.

Muchísimas horas de obstinada lectura, de reflexivas meditaciones y de búsqueda tenaz lo convencieron de lo imprescindible: volver a rehacer uno a uno los pasos que permitieron a Borges llegar hasta donde había llegado. Saber todo lo que sabía. Escribir como el lo hacía. Poseído casi del delirante deseo de apropiarse de su prodigiosa memoria, y de su vasta erudición. Pero punto por punto, coma por coma, paréntesis por paréntesis.

Comenzó por aprender inglés, y de seguido el anglosajón antiguo y el antiguo español del "Quijote". Ardua, intrépida fue la lectura de "Las mil y una noches". No cualquier traducción. Obligada, la de Burton,

que sólo pudo hallar tras indócil búsqueda en una extraviada librería de Cura Brochero, en Córdoba. También las raras ediciones traducidas al francés por Antoine Galland (introdutor de esta obra en Occidente) del Dr. Mardrus, así como la ilustre e ilustrada versión de Enno Littmann. Se adentró con vasto afán retentivo en la mitología escandinava, de Islandia y aún en la japonesa. Recorrió infinitas horas los senderos que hacen al mandala hindú, a la simbología alquimista y a las distintas versiones de la Biblia. La Cábala en español y en arameo. Con un modesto diccionario inglés-alemán aprendió el alemán, leyendo con fervor a Heine y llorando por esa increíble, maravillosa adquisición de autoenseñarse. Nada menos que el alemán.

La familia de este singular investigador asistía, azorada primero y espantada después, a tan imposible metamorfosis. Poco a poco fue abandonando sus tareas habituales, sus obligaciones conyugales y aún paternales. En tanto crecía en él una fría y vanidosa pasión plena de júbilo, dolor y remordimiento.

Tras largos años, casi diez, logró finalmente arribar a las conclusiones, si bien hipotéticas, bastantes sólidas, de su investigación. Ese texto le representó el total de sus magros ahorros. No faltarán aplausos, honores, premios, silbidos y escándalo.

Lo cierto es que aquel estudioso de Borges hoy vive solo, en una pobre habitación-celda (su mujer y sus hijos lo han abandonado), rodeado de los cien tomos del "Espasa-Calpe", un gato blanco, y alguno que otro mueble antiguo. Camina, casi ciego, sostenido por un valioso bastón, obsequio de la esposa del presidente de la Fundación. Y se lo puede ver, recorriendo con dubitativa parsimonia esas mismas calles que Borges, con fruición, fatigaba. Dicen que dibuja un laberinto entre arboles y niños y se mira sin ver, en los espejos de los lagos de Palermo, mientras busca el sótano aquel donde un día Carlos Argentino Daneri le descubrió a Jorge Luis aquel famoso "Aleph". No estudió nada más. No publicó nada más. Siempre halla, sin embargo, quien le lea a Stevenson, Chesterton y Coleridge en su idioma original. Ah, eso sí, copia, mejor dicho escribe todos los días, como Pierre Menard al "Quijote", las "Ficciones" de Borges... Los ojos casi pegados al papel, con letra muy pequeña en un pequeño cuaderno "Gloria" escolar, cuadrículado, de tapas duras. Presentía que "escritos" de nuevo en 1997, cincuenta años después, esos cuentos serían leídos como esencialmente distintos.